

CAPÍTULO III.

Por poco penetrado que estés, mi querido sobrino, de la historia de Europa á últimos del siglo décimo quinto, convendrás conmigo en que España era en 1480, de todos los Estados de la cristiandad, donde Cristóbal Colon debía lisonjearse ménos de recibir favorable acogida.

Sin embargo, allí reinaban de acuerdo Fernando de Aragon é Isabel de Castilla, y el lado religioso de la empresa unido á las ventajas materiales que su buen éxito prometia, parecía adecuado para tentar á dos reyes que en aquellos momentos luchaban con las más apremiantes necesidades de dinero. Esta gloria empero en perspectiva, se desvanecía ante la medio conquistada ya, de la España arrancada palmo á palmo á los moros y á los árabes. En esto tambien, y con mayor seguridad, en apariencia, había provecho, honra y deber. Antes que la conquista y conversion de pueblos desconocidos, por no decir imaginarios, disponiase la patria á limpiar su suelo de aquellos moros y árabes, no ménos infieles pero más temibles que los habitantes de Cipanga y del Cathay. Ninguna de las fuerzas vivas de la nacion y de la corona, igualmente reducidas á los últimos sacrificios, podia distraerse de tan grande objeto, ni siquiera por uno más inmediato y más cierto que no lo era el de Colon, ni siquiera por una expedicion que exigiera ménos gastos y hombres que la suya.

Tú comprenderás bien, que estas consideraciones y otras muchas, no habían podido dejar de impresionar el ánimo de Colon cuando adoptó precisamente el partido que ellas condenaban; y cuando, pidiendo á la España en guerra, empobrecida, absorta en los dolores del alumbramiento de su unidad, lo que le habían negado Génova, su patria, la rica Venecia y el Portugal arriesgado, opulento y en plena paz, pareció dar una disculpa á los que le trataban de insensato.

El buen éxito le dió razon, pero el éxito no prueba gran cosa, y para justificar la prudencia de Colon, quiero creer que si tambien esta vez obró contra las inspiraciones de la sabiduria humana, fué porque recibió otras más elevadas, y no digo

esto fundado en débiles autoridades. Nadie ménos que yo tiene la pretension de estar en los secretos del genio, pero desde muy jóven estuve en la confidencia de su hermana la sencillez, y cuando la historia se mantiene muda, me recojo, apelo á mi memoria, y... toma ahora mismo, me veo otra vez en el castillo de proa de la gabarra *la Truite*, y oigo mi voz de quince años interrumpiendo la narracion de Nolo.

—Mientras tanto, patron, no nos decís por qué fué Colón á España donde nada tenía que hacer.

—¿Por qué? respondió Nolo, ¿por qué fué Colón á España? ¿y no lo adivinas?

—Nó, á fe mia.

—No es con todo muy malo que digamos. Porque pensaba hallar allí lo que hasta entónces le había faltado: porque había barruntado la mujer.

Disimularemos á Nolo una expresion que él comprendía bajo el mejor sentido, el sentido del corazón,—por nada del mundo le habría cambiado yo ni una jota,—y muy pronto veremos que Cristóbal Colón encontró efectivamente en la incomparable Isabel la Católica aquella mujer predestinada, providencial, aquella fuerza unida á la gracia, aquel misterioso punto de apoyo sin el cual ninguna palanca humana pudo nunca levantar el mundo.

Sólo la santidad es superior á Isabel. Ante ella se inclinan todas las demas grandezas. No le faltó ni una sola de las cualidades del hombre, como tampoco ninguna de las virtudes, ninguno de los encantos, ninguna de las gracias de la mujer. No solamente la había escogido Dios, sino que la había designado y préviamente adornado para estas dos cosas que ella hizo: la preeminencia de las razas latinas asegurada por la expulsion de la media luna que el Oriente sufre aún, y el descubrimiento del nuevo mundo.

El único mérito del rey Fernando, su esposo, y es preciso tenérselo en cuenta, consiste en haberla comprendido á veces y no haberla jamas puesto obstáculos. Sus pueblos se lo han agradecido asociándole á la gloria de su compañera, como lo fué de su poder; por condescendencia para con Isabel, que, queriéndole, supo á veces, con pesar, pero á propósito, resistirle, designaban la pareja real por medio de este calificativo, que la posteridad no ha desaprobado: los dos Reyes.

Rechazada la invasion portuguesa, restablecido el orden en la hacienda del reino, aumentada la riqueza nacional, purificado el clero, introducida la reforma en los conventos, estimuladas las artes, las ciencias, las bellas letras, hé aqui las obras ménos grandes de este reinado, y en cuanto á la parte que en ellas corresponde á Fernando, muy pronto podrá apreciarse por la que tomó en los alientos dados á Colón.

Isabel, que era guerrera, sabia, literata, no tuvo más que una codicia: merecer



—¿Por qué? respondió Noto, ¿por qué fue Colon a España? ¿y no lo adivinas?

—No, a fe mia.

—No es con todo muy malo que adivines. Porque pensaba hallar allí lo que hasta entonces le había faltado: porque hasta entonces le faltaba la mujer.

Disimularemos a Noto una expresión, que se comprendía bajo el mejor sentido, el sentido del corazón. Nada de lo que le había cambiado yo ni una jota.

Y muy pronto veréste que Cristóbal Colón encuentra efectivamente en la incomparable Isabel la Católica, aquella mujer providencial, aquella fuerza unida a la gracia, aquel misterioso punto de apoyo sin el cual ninguna potencia humana pudo nunca levantar el mundo.

Solo la santidad es superior a Isabel. Ante ella se inclinan todas las grandes grandezas. No le faltó ni una sola de las cualidades del hombre: como tampoco ninguna de las virtudes, ninguno de los encantos, ninguna de las gracias de la mujer. No solamente la había escogido Dios, sino que la había designado y predestinadamente adornado para estas dos cosas que ella hizo: la preeminencia de las razas latinas asegurada por la expulsión de la media luna, que el Oriente sufre aún, y el descubrimiento del nuevo mundo.

El mayor mérito del rey Fernando, su esposo, y que a veces se le olvida, consiste en haberse comprometido a veces y no haberse nunca puesto obstáculos. Las potencias se lo han agradecido asociándole a la gloria de su compañera, como si fue de su poder; por condescendencia para con Isabel, que, queriéndole, supo a veces, con pesar, pero a propósito, resistirle, designando la pareja real por medio de este calificativo, que la posteridad no ha desaprovechado: los dos Reyes.

Recordando la invasión portuguesa, respetando el orden en la hacienda del reino, aumentando la riqueza nacional, purificando el alero, introducida la reforma en las universidades, en la enseñanza de las artes, las ciencias, las bellas letras, he aquí he aquí otras tantas grandezas de este reinado, y en cuanto a la parte que en ellas correspondió a Fernando, que pronto podrá apreciarse por la que tomó en los últimos días de su vida.

Isabel, que era gobernadora, no tenía más que una codicia: merecer.



FERNANDO EL CATÓLICO.

el epitafio de las grandes matronas romanas: *Lanam fecit*. Jamas su esposo vistió lienzo que ella no hubiese enteramente trabajado de sus propias manos.

Su modestia igualaba su ilustracion: en los consejos, mostrábase ante todo cuidadosa de enterarse, y, una vez tomada su resolucion, encontraba para imponerla las formas más graciosas y más poéticas. Censurada respetuosamente cierto día por que procedía con demasiada lentitud en sitiar á Granada, cojió una granada que tenía á su alcance, y comiéndola lentamente grano á grano, dijo: «Grano á grano debe comerse la granada.»

Isabel es superior al panegirico; el superlativo la atenúa; no debiera hablarse de ella sino sencillamente, con seriedad; pero no es posible.

M. de Montalembert la proclama «la más noble criatura que jamas reinó sobre los hombres.»

Entre sus contemporáneos, Oviedo se pierde en la contemplacion de «esta alma inmensa, de este océano de virtudes.» Otros la comparan á santa Elena, madre de Constantino, á Santa Teresa, á santa Isabel de Hungría. Pedro Mártir escribe á uno de los más ilustres romanos del Repacimiento: «Toma, Pomponio, por un escrito sibilino lo que voy á decirte; esta mujer es más fuerte que un hombre fuerte, superior á toda alma humana, un modelo de decencia y honradez.»

El capellan de Fernando renuncia á pintar tantos encantos y virtudes: todo lo que el rey posee de gracia, dice, de distincion, de dignidad, se encuentra reunido, pero en un grado más eminente, mucho más eminente en esta reina, que es la felicidad, la honra de las Españas, el más bello ejemplar de todas las virtudes.

Finalmente, el cardenal franciscano Cisneros tan grande sabio como hábil ministro, declara que el sol no alumbró jamas otra igual.

Este último personaje no solamente habia sido llamado á los consejos de Isabel, sino que habia penetrado al mismo tiempo en su genio y en su conciencia. Pero, anteriormente á él, habia la reina encontrado, en la familia franciscana, un director que debia más tarde ejercer capital influencia en el acto más glorioso de su reinado.

Juan Pérez de Marchena no tenía aún otro título que una naciente reputacion de ciencia y santidad, cuando Isabel habia escogido por confesor este simple religioso franciscano. El súbdito habia obedecido, pero el fraile habia suspirado, y muy pronto con el consentimiento de la reina, habia encontrado otra vez aquella sombra del claustro, tan conforme con su vocacion religiosa como propicia á sus inclinaciones para la meditacion y el estudio. Por esto no habia renunciado Isabel á los consejos del padre Guardian de Santa María de la Rábida, y en aquel convento donde habia establecido un observatorio, debia Juan Pérez interrumpir á